



Hallazgos

ISSN: 1794-3841

revistahallazgos@usantotomas.edu.co

Universidad Santo Tomás

Colombia

Niño Castro, Ángela
PROYECTO SIFCO: HACIA LA CONFORMACIÓN DE REDES DE INVESTIGACIÓN DE LA
FILOSOFÍA EN COLOMBIA
Hallazgos, núm. 9, junio, 2008, pp. 201-210
Universidad Santo Tomás
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=413835170012>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

PROYECTO SIFCO: HACIA LA CONFORMACIÓN DE REDES DE INVESTIGACIÓN DE LA FILOSOFÍA EN COLOMBIA

SIFCO Project: Toward the Creation of Research Networks of the Philosophy in Colombia

Ángela Niño Castro*

Recibido: 26 de febrero de 2008 • Revisado: 21 de abril de 2008 • Aceptado: 28 de abril de 2008

Resumen

En el presente artículo presentamos una reflexión en torno a la investigación en filosofía en Colombia. Con este fin, siguiendo al filósofo colombiano Jaime Hoyos, establecemos una distinción entre filosofar y hacer filosofía. Acerca del filosofar, siendo intrínsecamente problemático, exploramos lo que ha sido éste en las distintas tendencias que ha asumido la filosofía latinoamericana. Sin dejar de lado este problema, nos enfocamos en el hacer filosofía, que es una actividad imprescindible al filosofar, se trata del trabajo de exégesis y enseñanza de los textos filosóficos; de la paciente labor de apropiación, sistematización y difusión de las fuentes escritas por los maestros. Con el propósito de trazar lo que ha sido en Colombia hacer filosofía recogemos la discusión que connotados filósofos y profesores de filosofía sostuvieron en torno a esta cuestión en el número 104 de *Ideas y Valores*, destacamos el problema de las comunidades científicas de filósofos como el centro de gravedad de la discusión que allí se dio. Finalmente, presentamos el PROYECTO SIFCO, auspiciado por la Facultad de filosofía de la Universidad Santo Tomás. Concebido como un primer paso en esta dirección de investigar la actividad concreta de los filósofos Colombianos.

Palabras clave

Filosofar, hacer filosofía, comunidades científicas, Proyecto SIFCO.

* Coinvestigador del Proyecto SIFCO. Licenciada en Filosofía. U. Santo Tomás. Estudiante de maestría en Filosofía U. Javeriana. Docente Facultad de Humanidades (Universidad Santo Tomás). Correo electrónico: angelaninocastro@gmail.com

Abstract

The present article attempts to present a reflection about the philosophical research in Colombia. In order to accomplish this objective and following the thought of the Colombian philosopher Jaime Hoyos, we established a difference between “Philosophize” and “doing philosophy”. About philosophize, we explore its development and the trends that Latin-American philosophy have assumed along its history. Without stopping of side this problem, we focused our work on “doing philosophy” specifically this work is about the exegesis and the education in philosophy; about the patient task of appropriation, systematization and diffusion of the bibliographical sources written by the masters. Our purpose is describe the path that this “doing philosophy” has followed in Colombia. To reach this aim we review the discussion that about this topic prominent philosophers and professors of philosophy have carried out in the number 104 of *Ideas y Valores*, we emphasize the problem of the “philosophers’ scientific communities” as the central point in this discussion. Finally we present the SIFCO project supported by Universidad Santo Tomás wich aim is research about the philosophical activity in Colombia. We hope that with further developments this information system become the central point of information on philosophy in Colombia.

Key words

Philosophize, doing philosophy, scientific communities, SIFCO Project

Prólogo

La investigación en filosofía, más que en cualquier otro campo del saber, exige un arduo esfuerzo de esclarecimiento teórico de su tema medular, la *filosofía* misma. Averiguar qué sea la filosofía es ya el tema central de la propia reflexión filosófica. Por su puesto en los estrechos límites de este escrito sería pretencioso intentar siquiera semejante averiguación. Para lo que aquí pretendemos, nos vamos a contentar, siguiendo al pensador colombiano Jaime Hoyos (1993, p. 19) con distinguir entre *filosofar* y *hacer filosofía*.

Filosofar, desde su surgimiento en la antigua Grecia, ha sido indisolublemente un *modo de saber*, una *forma de vida* y una *dirección racional* para la vida y del mundo. Dando mayor o menor peso a alguna de estas tres facetas el filosofar ha sido en cada pensador, en cada comunidad y en cada época histórica un enfrentamiento racional con las cuestiones últimas que nos plantea la realidad, empezando y terminando por la humana. Por su ultimidad y por el tratamiento totalizante, fundamentador, crítico y discursivo propio del

tratamiento filosófico estas cuestiones nunca podrán tener solución plena, apenas respuestas plausibles. Más aún, cuando alguna arista de aquéllas alcanza apropiada definición y delimitación abandona el solar filosófico y se instaura en el campo de alguna ciencia. Cuando un pensador o un grupo de pensadores intentan dar una respuesta nueva a tales cuestiones es porque no le satisfacen las que le brindan los filósofos del pasado o las que proponen sus propios coetáneos. De modo que sin vínculo con una tradición y sin diálogo con filósofos del pasado y del presente, filosofar, desde luego en Latinoamérica y en Colombia, es imposible o se torna estéril.

A todo ello se debe que el filosofar sea intrínsecamente problemático y se torne esquivo a cualquier intento de aplicarle alguna medida de progreso. Ello no significa que el esfuerzo filosófico se limite a un eterno recitado de pensamientos y obras del pasado. Si el logro filosófico propiamente no muestra un progreso, indudablemente en cada pensador y en cada comunidad filosófica, va madurando y avanzando en el acendramiento de sus respuestas. Pero para que

ello sea posible se deben dar ciertas condiciones y determinados apoyos que son responsabilidad propia, no exclusiva, del *hacer filosofía*.

Hacer filosofía es, según lo entiende el citado Hoyos, una actividad ancilar o subalterna del filosofar. Ello no quiere decir que sea tarea prescindible o baladí. Sin un prolongado y sistemático trabajo de estudio, exégesis y enseñanza de los textos de los grandes maestros del pensamiento y sin una paciente labor de identificación de fuentes escritas por los maestros o sus discípulos o sin la apropiada sistematización y difusión de las tales utilizando las tecnologías más avanzadas, etc. no será posible pretender siquiera un consistente y sostenido *filosofar*. A esta imprescindible faena de *hacer filosofía* se suma, como se verá párrafos adelante, el PROYECTO SIFCO que viene auspiciando la Facultad de filosofía de la Universidad Santo Tomás.

Por tanto, teniendo a la vista tanto el *filosofar* como el *hacer filosofía* nos preguntaremos por estos dos aspectos en nuestro contexto filosófico latinoamericano y colombiano; insistiendo de manera especial en torno a la problemática del *hacer filosofía* en Colombia. En un segundo momento esbozaremos el Proyecto SIFCO.

Tendencias de la Filosofía latinoamericana

La filosofía logra incuestionablemente cada vez mayor presencia en la cultura colombiana. Así lo indica el hecho de que contemos ya con importantes investigaciones, publicación en alza de libros y artículos especializados, la frecuente celebración de congresos dedicados a la reflexión sobre diversos temas filosóficos y el aumento y la cualificación de programas académicos de formación en ese campo, etc. Sin embargo, como afirma G. Marquínez en su ensayo, *El problema de la filosofía en Latinoamérica y su recepción en Colombia* (1982, p. 22), el proyecto de la Filosofía latinoamericana, y en sentido específico, el de la Filosofía en Colombia, “es ante todo el título

de un problema”; un problema generador de un largo debate que sigue dando que pensar, como se espera, por supuesto, de la Filosofía la cual siempre ha sido y seguirá siendo intrínsecamente problemática. En este apartado vamos a referirnos especialmente a un imprescindible trabajo filosófico, fruto de la discusión sostenida por distinguidos profesores de Filosofía con motivo de los cincuenta años de la Facultad de filosofía de la Universidad Nacional¹. Con ello no pretendemos descartar otros trabajos de gran relevancia para el tema. Nuestro propósito es situarnos en las discusiones y valoraciones sobre la actividad filosófica en Colombia, destacando, por una parte, la apertura e inacabamiento de la discusión y por otra, el sentido que ha tomado como exigencia y preocupación constante de quienes en este país dedican sus esfuerzos a este campo de saber. Como veremos más adelante, el proyecto SIFCO se inscribe en este mismo género de pesquisas y se presenta como muestra y compromiso de la USTA con dicha preocupación.

La pregunta por la filosofía en Colombia surge, como es natural, del proyecto de una filosofía latinoamericana. Así, las críticas y dilemas que éste ha suscitado, como veremos a renglón seguido, nos han empujado a preguntarnos por nuestra situación particular y en cierta medida a cargar con estas mismas críticas. Presentada la pregunta por la filosofía colombiana desde esta perspectiva, hacemos referencia en primer término al artículo mencionado del profesor Marquínez que expone de manera ilustrada y clara las formas en que la Filosofía latinoamericana se ha entendido desde la propuesta de Alberdi en 1842. Son cinco, según dicho investigador, los sentidos que las distintas generaciones de pensadores latinoamericanos han conferido a la Filosofía latinoamericana: Filosofía como aplicación, Filosofía como pensamiento propio, Filosofía como normalización, Filosofía auténtica y Filosofía como liberación. Otra perspectiva de entender el proyecto de la Filosofía latinoamericana la ofrece Leonardo Tovar (2006, pp. 18–20); a saber: la de Filosofía amerindia.

1 Número 104 de *Ideas y Valores* recopilación de trabajos con motivo

La primera, Filosofía latinoamericana entendida como aplicación, es la Filosofía tal como la concibió Alberdi, una filosofía que diera respuesta a los problemas y necesidades propios, sin importar la procedencia o país de origen de aquélla. En cuanto a la segunda, Filosofía como pensamiento propio, la generación de Alejandro Korn, José Enrique Rodó y José Vasconcelos, proponen una filosofía situada que no se limite a ser asimilación y recepción; en otras palabras, una Filosofía originaria. Con la tercera, la generación de la llamada normalización, entre la que se cuenta a Francisco Romero, Samuel Ramos y José Gaos, la preocupación de una filosofía original se desplaza y pasa a ocupar su lugar una preocupación por el cultivo de la Filosofía como disciplina que se cultive en tierras latinoamericanas con la rigurosidad con que se ejerce en el pensamiento europeo.

Pese a que la Filosofía se institucionalizó y profesionalizó con relativo éxito, cierto grupo de pensadores manifiestan su inconformidad con esta conquista y advierten el peligro de que en este proceso el ejercicio filosófico se autocondene la repetición y la marginalidad del resto de la cultura. Reaparece entonces la preocupación por la Filosofía propia. Entran al debate universalistas y regionalistas que se cuestionan si la Filosofía resiste gentilicios o sus temas son universales y atemporales. Por su parte, la generación de la Filosofía de la liberación, recuperando el sentido dado por Marx a la Filosofía, se hacen partidarios de una filosofía como praxis la cual tiene como función la transformación de las condiciones alienantes de vida.

Como lo indica Tovar (2006, p. 22), mucho más que una preocupación por una Filosofía original, este proyecto puso de presente las condiciones materiales efectivas para la posibilidad de un pensar libre y creador. Finalmente, la Filosofía latinoamericana entendida como Filosofía amerindia, saca a relucir la existencia de una racionalidad filosófica diferente a la que surgiera en Grecia; una Filosofía que toma su punto de partida en el pensamiento de los pueblos aborígenes de América. En este sentido, la Filosofía amerindia sería otra forma de procurar un filosofar propio.

Estos diferentes proyectos han dado pie a gran número de interrogantes sobre la Filosofía como saber y sobre el quehacer filosófico en cuanto tal. En efecto, la comprensión misma sobre la Filosofía entra en juego en cada una de las referidas propuestas. Aún el más escéptico acerca de la posibilidad de una Filosofía latinoamericana tendrá que someter a examen lo que considere es para él la Filosofía.

Así, parece que no es posible trabajar en una filosofía propia si reconocemos que la Filosofía sólo se encarga de sí misma y es por antonomasia mera labor de comentario de textos clásicos. Cuando la Filosofía se asimila con su historia no hay cabida para la pregunta por la originalidad. Otro tanto se tendría que decir de una Filosofía como reflexión sistemática y crítica, en la estrechez de dicha concepción, la deuda con los grandes pensadores y la lealtad que se le debe a sus obras impediría la audacia de atemperar las temáticas filosóficas a América Latina, pues no sería posible realizar dicha reflexión sistemática sin salirse de los marcos teóricos que para nuestro caso proviene de la Filosofía occidental.

Del lado contrario, si reconocemos que la Filosofía no es una y que no es sólo aquélla que tendría su origen en Grecia, sino que existen filosofías, podríamos no sólo ver la Filosofía latinoamericana como posibilidad, sino que también tendríamos que reconocer su existencia en la entraña misma de las culturas Amerindias. En esta línea confluye una idea de la Filosofía que atiende a las circunstancias vitales “la razón filosófica se ejercita siempre y desde, en relación con la historia y los contextos de la humanidad” (Betancourt, 2001, p. 246), la Filosofía así vista no sólo comprendería sus textos y su historia, sino también fundamentalmente, el contexto que anima su reflexión. A esta forma de entender la Filosofía no le puede ser indiferente el “en”, de la Filosofía. Tratándose de Colombia la preposición “en” indicaría más que un lugar geográfico, un “logos encarnado” (Herrera, 1998, p. 16).

De lo que acaba de afirmar, se puede de modo desprevenido e intuitivo establecer algunos lazos

comunicantes entre las mencionadas posturas. Por ejemplo, la propuesta de una Filosofía en Colombia, entendiendo el “en” en la forma últimamente señalada, no descarta la discusión con la tradición occidental, precisamente porque una Filosofía propia no se puede entender como un arrancar de cero las problemáticas filosóficas. Hoy en día somos más conscientes de las inmensas deudas de unos pensadores con otros. Por otra parte, una Filosofía en Colombia no sólo pretende hacer hablar a nuestra realidad, sino que también se plantea como una tarea pluralista e incluyente de las discusiones que se presentan en otras latitudes.

Pese a que a simple vista pareciera que las contradicciones se diluyen y que dichas concepciones no son tan excluyentes, la controversia sigue en construcción y dando qué pensar. En palabras del profesor Tovar, aún se adeuda un concepto analógico de la Filosofía latinoamericana que sea capaz de dar cuenta de las limitaciones que imponen las posturas a que hemos venido aludiendo, las cuales oscilan entre una visión equivocada o unívoca del quehacer filosófico en nuestro continente.

Hacer filosofía en Colombia

Sin dejar el problema de lado, sino con la intención de mostrar cómo sigue siendo, según anotamos, un problema en construcción, se hace necesario aclarar sobre una cuestión aneja a las ya mencionadas, la cual ha gozado, en general, de menos atención, nos referimos a la pregunta por hacer Filosofía en el sentido anteriormente expuesto por Hoyos. En efecto, la labor filosófica implica no sólo la pregunta por las formas de concebir aquélla, sino que también apunta al oficio propiamente dicho que realizan los filósofos. Vale decir, indaga los caminos que éstos siguen para hallar una forma auténtica o de calidad en su brega intelectual. Se refiere también a los temas o tareas que se le imponen y a la función que éstas cumplen en determinado medio social y cultural. Además, incluye, entre otras, la cuestión por los factores que facilitan la actividad de pensar o por los obstáculos que la

entorpecen, no sólo en lo que atañe a su dinámica interna, sino también atendiendo a la forma como se visibiliza o proyecta en relación con otras disciplinas y a los espacios institucionales en que concretamente se desarrolla.

Como deja ver esta incompleta enumeración, el problema es complejo, más aún si se considera que la tarea filosófica, “no es una actividad homogénea. No existe la filosofía como una propuesta unívoca sino como muchas posibles propuestas o filosofías, ni existe tampoco la filosofía como un quehacer idéntico para todos los que filosofan” (Domínguez, 1997, p. 56). Si damos por buena la anterior reflexión de Domínguez, resulta apenas obvio que la anterior madeja de interrogantes adquiere peculiar fisonomía en cada uno de nuestros países, en consecuencia en el nuestro. Precisamente con el propósito de trazar los perfiles de lo que ha sido en Colombia hacer Filosofía y lo que debería ser en un próximo futuro se dieron cita en la capital algunos connotados filósofos y profesores de Filosofía. Sus respuestas y sus incertidumbres fueron recogidas en el número 104 de *Ideas y Valores*.

A lo largo del debate, según lo expone la reconocida revista, cabe destacar dos asuntos para los participantes en el mencionado debate fueron de especial relevancia:

- La profesionalización de la Filosofía
- Las comunidades científicas de filósofos.

En lo tocante al primer asunto, la profesionalización de la filosofía, los deliberantes consideran que en nuestro contexto colombiano debemos empezar reconociendo que la Filosofía que se produce se da en el marco de las instituciones de Educación Superior: vivimos, según ello, en la Filosofía como normalización, “la actividad filosófica la ejercen desde entonces personas no necesariamente brillantes, pero que se han preparado de modo disciplinado para el trabajo filosófico” (Tovar, 2006, p. 22). La consecuencia es la profesionalización de la filosofía.

Con la profesionalización tendríamos que, sugiere Schumacher, empezar a despojar a la Filosofía de todo su “romanticismo”, es decir, de la imagen del filósofo como un ser excepcional que se considera con una clarividencia especial, nata, sobre todos los asuntos de la realidad, para empezar a construir una imagen de la filosofía que sea análoga a otras profesiones. De lo que resulta que se debe hacer la tarea de esclarecer las habilidades y competencias para las que está preparado el profesional en filosofía, su oficio, los métodos de su disciplina y los conocimientos básicos que lo asisten.

Por tanto, en la propuesta de Schumacher son sólo posibles dos distinciones en la Filosofía que no tiene relación alguna con los temas de los que se ocupa, sino que son dos distinciones semejantes a las que operan en otras profesiones: la teórica y la práctica. En cuanto el aspecto teórico, el instrumento aplicable a una realidad concreta. Con las posibilidades de aplicación de la Filosofía, se abriría un amplio campo laboral a este oficio. La respuesta, entonces, a la pregunta sobre cómo se realiza el quehacer filosófico en un país como el nuestro en que es imperativo pensar en las posibilidades labores, es, según Schumacher, a través del conocimiento sistemático y riguroso de los métodos y contenidos teóricos para darles a éstos una aplicación concreta en soluciones de problemas diversos.

En respuesta a Schumacher, Jorge Aurelio Díaz y Juan José Botero proponen alternativas para hacer Filosofía; el primero con la “Filosofía total”, el segundo con la “Filosofía plural”. La Filosofía total recupera la idea del genio, estudiar Filosofía no implicaría en ningún caso llegar a ser filósofos, precisamente porque no es ni sus métodos ni los contenidos básicos. Para el profesor Díaz hacer Filosofía es filosofar, entendido esto último como “búsqueda personal de sentido” (1997, p. 35). Por ello, es irrenunciable en esta actividad referirse siempre a las preguntas globales, ir hasta los fundamentos y lo fundamental de la existencia, partiendo para ello de los grandes maestros. Siendo

esta peculiar tarea personal una tarea solitaria que puede llegar a tener valor para otros, pero no vendría a ser lo primero. Desde esta perspectiva, la filosofía se resiste a la profesionalización en el sentido expuesto por su colega Schumacher.

Por otro lado, Juan José Botero se muestra solidario con la Filosofía como una actividad profesional que se debe dar en las instituciones universitarias. Como Schumacher, considera que el profesionalismo le viene a la actividad filosófica de la apropiación rigurosa de sus métodos; sin embargo, propone ir más allá de ésta y entender el profesionalismo como el compromiso que se asume con la comunidad científica de filósofos. El compromiso es más que hacerse competitivos en las mismas técnicas, es reconocer que la actividad filosófica se lleva a cabo mediante la discusión y diálogo permanente. Por ello, contrario a lo que afirma el profesor Díaz, no se puede aspirar a hacer filosofías totales que emerjan de la genialidad de un individuo, la Filosofía que es producto de un diálogo rechaza no sólo esto, sino que también afirma la necesidad de definir los cauces de la investigación según lo planteado por la comunidad, la cual, a su vez, conspira para lograr claridad conceptual y metodológica.

A pesar de la confianza que Botero deposita en las comunidades científicas, detecta lo que pare él es una consecuencia indeseable: la excesiva especialización. Así, la filosofía se restringe a su campo y se convierte en exégesis. Cuando la discusión se da sólo entre colegas en estos términos hay una cierta traición a lo que debería ser la filosofía que, para Botero, viene a ser un saber requerido en otros campos pues su tarea es, “describir aspectos del mundo que solamente pueden ser caracterizados filosóficamente porque no hay manera obvia de verlos como fenómenos físicos o químicos” (1997, p. 50).

El segundo tema, las comunidades científicas de filósofos, ocupó el centro de gravedad de la mencionada discusión sobre el hacer Filosofía en Colombia. Al

respecto, Germán Meléndez en su ponencia, *Acerca del pensador profesional de Schumacher*, plantea la pregunta por los factores que facilitan su conformación (1997, p. 54). La pregunta por la pertinencia de la existencia de las comunidades filosóficas es, a ojos de Meléndez, inoficiosa, pues es precisamente en la comunidad que encuentra su estándar de evaluación la actividad filosófica; el expositor identifica la comunidad con la directriz que podría trazar los fines de dicha actividad. No obstante, aunque parece clara la necesidad de las comunidades, se percibe en los autores anteriormente citados, una aceptación cautelosa o cierto escepticismo; habría que identificar las razones que alimenta esta sospecha.

Además de las anteriores cuestiones, nos sale al paso clarificar qué es una comunidad científica en Filosofía formalmente dicha. Que el ejercicio filosófico deba hacerse al menos con una mediana calidad, parece ser un criterio de nuestra época que somete todo a procesos de certificación y acreditación. Sugiere por demás que la Filosofía es un saber que se permite el lujo del progreso y desarrollo. En medio de esta situación las comunidades científicas se presentan como las dadoras del crédito o descrédito de una determinada producción, "la comunidad filosófica tiene que velar por la calidad de cada uno de los aportes para poder garantizar y confiar en sus procesos de progreso" (Schumacher, 1997, p. 24).

Nada se nos presenta más extraño a esta imagen que el solitario Kant escribiendo su magna obra en aquel remoto pueblecito de Alemania. Tal vez sea por esta razón que el profesor Díaz se inclina a aceptar como criterio único "el juicio de la historia"; sólo éste podrá mostrar con suficiencia la influencia de un pensador sobre la constelación del saber filosófico. No obstante, a la filosofía no le es ajeno.

El progresismo, la actitud moderna, nos recuerda Carlos B. Gutiérrez, es "la exigencia de la metodividad y progreso" (1997, p. 87). Sólo que a pesar de sus múltiples esfuerzos por satisfacer el deseo progresista, la Filosofía a lo largo de su historia refuta la posibilidad

de entender su saber como evolución. Así, la historia de la filosofía se presenta para la actividad filosófica como su primer quehacer; volvemos continuamente a los grandes pensadores del pasado, porque en Filosofía no hay respuestas definitivas; porque el presente se nos muestra incapaz de ser comprendido si no volvemos la mirada atrás, "dado pues que la historicidad pertenece a la filosofía misma, no puede esperarse en ella el progreso, noción que apunta en últimas a las superación de lo histórico y a la presencia de la verdad" (Gutiérrez, 1997, p. 90).

Desde esta perspectiva son inevitables las dudas que despierta una comunidad filosófica, siempre que se la considere como el sistema evaluador del progreso y el punto de referencia que determina los temas de los cual es importante ocuparse.

Sin embargo, descartar una comunidad filosófica en los términos expuestos, sería admitir de entrada que la filosofía está confinada a su pasado; no sin razón Jaime Ramos ha visto que la excesiva reverencia a los autores del pasado puede paralizar la producción filosófica. Tal vez tendremos que proponer una noción de progreso filosófico que no corresponda a la perspectiva diacrónica, que permita entender el quehacer filosófico sin condenarlo a la petrificación y sólo desde allí pensar su relación con una comunidad de filósofos

Una posible salida a la anterior encrucijada nos la brinda Carlos B. Gutiérrez, quien encuentra la originalidad y capacidad de innovación filosófica en las tradiciones de respuestas a las preguntas fundamentales de cada presente, en ese acercamiento a los textos del pasado desde la indigencia de sentido de nuestro propio presente (1997, p. 90), estaría, para este pensador, la fuerza de una Filosofía original.

Sin embargo, el problema no se aclara en relación con la labor de las comunidades científicas. La dificultad de ello estriba en que "como filósofos, actuamos, si no del todo, sí en buena medida, al margen de lo que pudiera llamarse con pleno derecho una comunidad filosófica" (Meléndez, 1997, p. 56). ¿Podemos hablar

de comunidad científica en filosofía? ¿De ser así, ello supondría que la Filosofía es una ciencia? Aquí las opiniones se desencuentran. Para Schumacher nuestro siglo ha definido el trabajo filosófico como el producto de un esfuerzo común, esto gracias al “advenimiento de los medios de comunicación” (1997, p. 23). Este efecto de internacionalización nos daría la apariencia de encontrarnos frente a una comunidad, pues se crean lenguajes comunes y se define la especialización del trabajo académico.

Por su parte, Jaime Ramos, encuentra que en filosofía se puede hablar de una comunidad, pero no como efecto de la globalización creciente que facilitan los medios de comunicación. La filosofía cuenta con lenguajes y problemas compartidos gracias a la conformación de las “escuelas filosóficas”. A partir de éstas se generarían los paradigmas. Al igual que en las comunidades científicas de saberes como la física, los paradigmas de la filosofía cambiarían ya sea por desgaste de un antiguo paradigma o por el surgimiento de una personalidad que haría ver los problemas desde un enfoque renovado. También podríamos reconocer que se presentaría un “conservadurismo” en la medida en que se preserva el conocimiento conquistado (Ramos, 199, p. 82).

Lo anterior nos permitiría concluir que algunos de los autores mencionados se inclinan a aceptar que la filosofía es una ciencia. No obstante, tanto Schumacher como Ramos, se niegan aceptar tal toma de posición. Al respecto también Botero señala,

la filosofía no es una ciencia, y mucho menos si por ciencia se entiende lo que más arriba ya mencioné y critiqué; un tipo de conocimiento particular, llamado conocimiento científico, caracterizado en primer lugar por un método y unas técnicas. La filosofía es más bien una actividad sui generis (Botero, 1997: 49).

Reconociendo la particularidad de este saber que llamamos Filosofía es apenas consecuente que pensemos en la respectiva particularidad de las comunidades filosóficas.

Atendiendo a esta peculiaridad de las comunidades filosóficas, mencionamos atrás las dificultades de considerar éstas como evaluadoras de un supuesto progreso, máxime si el progreso en Filosofía tendría un sentido diferente. Germán Meléndez hace notar, además, que una comunidad con estas características tiende a fragmentarse convirtiéndose en pequeñas islas de especialistas que perderían la visión de conjunto; así lograríamos una multiplicidad de paradigmas sin que uno refute a otro. Pero quizás lo más problemático sería considerar que una comunidad de especialistas formados en los mismos métodos con los mismos conocimientos haría del todo innecesario la pluralidad de perspectivas individuales, “cada filósofo viviría a la vez dentro de una comunidad metodológica y dentro de un total solipsismo” (1997, p. 66).

Con todos los vacíos o contradicciones que encierran las preguntas en torno a las comunidades filosóficas, es innegable que la Filosofía es una actividad común, no porque los medios de comunicación la transformaran en ello. Por el contrario, la Filosofía se muestra incapaz de ser en sentido pleno sin estar en diálogo con los otros; al respecto recordemos los bellos diálogos platónicos que se entretajan al hilo de la conversación y la argumentación de hombres y mujeres de la polis. A este propósito también valdría tener presente la *Metafísica* de Aristóteles, la cual en su libro primero inaugura un diálogo con sus antecesores convirtiéndose de esta manera en el primer estudio de historia de la Filosofía. Aún en el más radical de los aislamientos, en Filosofía siempre resuenan las voces de otros que han recorrido los caminos por lo cuales transcurre determinado pensador. Quizás sea por este rasgo comunitario que, pese a los muchos cambios que se pueden dar en la forma de llevar a cabo esta praxis, no podemos renunciar a cuestionarnos sobre el significado y la función de la comunidad filosófica.

Ahora bien, qué decir de la comunidad filosófica en Colombia. El pronóstico según todo indica es desalentador. Lisímaco Parra, a propósito, señala que, debido a la ausencia de una comunidad, la Filosofía

en Colombia, en el solar filosófico no tenemos una producción significativa e importante. La razón está, según su consideración, en que “un genio no se digna leer al otro genio y mucho menos se preocupa por refutarlo” (1997, p. 76); la actividad filosófica en Colombia es producto de individualidades. Carlos B Gutiérrez y Germán Meléndez se identifican con esta preocupación; es aquí que tiene lugar la pregunta por los factores que facilitarían “el hábito de la interacción” (Meléndez, 1997, p. 58).

Sugiere al respecto Gutiérrez, como primera medida, empezar a desencasillar a quienes se dedican a la labor filosófica; la forma de hacerlo sería conociendo e interesándose en su actividad. El segundo aspecto para tener en cuenta es cultivar una mejor relación con nuestra propia tradición filosófica. Más allá de estos presupuestos de innegable importancia, se hace necesario acometer la tarea de hacer de la pregunta por las comunidades filosóficas un asunto menos incierto. Para ello, sí es pertinente aprovechar las ventajas de la información para dar un panorama más cercano a la realidad de cómo se realiza el oficio filosófico en nuestro país.

Tal pertinencia la exhibe el Proyecto SIFCO, concebido como un primer paso en esta dirección de investigar la actividad concreta de los filósofos colombianos y como herramienta disponible y abierta al enriquecimiento de los investigadores.

SIFCO: Continuator de una tradición de la Universidad Santo Tomás

A finales de la década del setenta, se fue gestando en la Facultad de Filosofía de la recién restaurada Universidad Santo Tomás, gracias a los esfuerzos del decano de ese entonces, el P. Joaquín Zabalza Iriarte O.P. y de un grupo entusiasta de profesores y estudiantes, el propósito de abandonar el universalismo abstracto de la reflexión filosófica, tan común en muchos de nuestros claustros universitarios para, sin abandonar la gran tradición filosófica de Occidente, arraigarla

y hacerla pensar nuestras propias realidades y problemas. Fue así como se emprendieron una serie de proyectos, entre éstos: la reforma de Currículo de la Facultad; la creación de la Revista Cuadernos de Filosofía latinoamericana; la estructuración de la Maestría en filosofía latinoamericana y, posteriormente, también, la Especialización en filosofía colombiana.

En 1980, con ocasión de celebrar los cuatrocientos años de fundación de la Universidad Santo Tomás, se convocó el I *Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana*. A partir de esa fecha conmemorativa se inauguró la tradición de los Congresos internacionales de filosofía latinoamericana, la cual ha tenido positivas repercusiones en el ámbito cultural no sólo de Colombia, sino también en Latinoamérica y aún más allá. Cada uno de dichos eventos ha estado dedicado a la investigación y el debate de una problemática filosófica particular. En 2007, se celebró el número XII.

Como apoyo a la labor docente e investigativa de profesores y estudiantes de pregrado y posgrado de la Facultad se puso un funcionamiento el *Centro de investigaciones*, el *Centro de documentación de la filosofía colombiana colonial* y la *Biblioteca colombiana de filosofía*. Entre las Líneas de investigación desarrolladas se encuentra la de la *Historia de las Ideas filosóficas en Colombia*, con una trayectoria ininterrumpida de más de veinticinco años y entre cuyas realizaciones se encuentran la *Bibliografía de la filosofía en Colombia* y la *Historia de las ideas filosóficas en Colombia, siglo XIX*.

Parte de este esfuerzo investigativo permanente de la Facultad de Filosofía es el proyecto SIFCO. Conservando la esencia del proyecto de Filosofía latinoamericana el *Sistema de Información de Filosofía Colombiana*, tiene como objetivo ofrecer un mapa de la Filosofía en Colombia. Para ello ha concentrado los esfuerzos de revisión documental bibliográfica y hemerográfica realizados en el seno del Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía USTA. El interés principal del proyecto es, gracias a las nuevas tecnologías de

la comunicación, brindar la ventaja de ser abierto y de fácil acceso. En este momento el proyecto ha culminado con tres de sus primeras etapas: lograr el diseño e implementación del software que está siendo utilizado, recopilar en fichas los índices de cerca de 32 revistas de Filosofía y humanidades, y finalmente se ha unificado la información e ingresado para su consulta vía web. Esta última etapa permite a toda la comunidad académica realizar diversas búsquedas ingresando a la página <http://sifco.usta.edu.co>; allí encontrarán clasificadas las revistas y sus correspondientes artículos, junto con las especificaciones de cada artículo, como autor, tema y número de páginas. El proyecto contempla para este sistema una constante actualización de sus contenidos.

El interés principal de la cuarta etapa del proyecto, que está en curso, es ampliar la base de datos. Para ello se han empezado a ingresar las referencias de libros filosóficos correspondientes al siglo XX, tomando como base la información del importante trabajo publicado por la Facultad de Filosofía: *Bibliografía del siglo XX*. Esta fuente bibliográfica está siendo actualizada, pues aquella llega hasta 1985. Por tanto, es prioridad del proyecto cubrir la totalidad de la producción filosófica hasta lo corrido del presente siglo.

Hacia el futuro el proyecto contempla una quinta etapa, cuyo propósito es recolectar información sobre las personalidades sin las cuales sería imposible el *quehacer filosófico* en Colombia. El primer paso en la consecución de este propósito ha sido diseñar las estrategias adecuadas que nos permitan reconstruir las biografías intelectuales de los profesores de la Facultad de Filosofía de la Universidad Santo Tomás. Por supuesto, el proyecto irá ampliando y proyectando sus esfuerzos hacia otras importantes instituciones universitarias. Para ello, se están planteando una serie de acuerdos cooperativos interinstitucionales.

Con esta breve presentación del proyecto Sifco, invitamos a toda la comunidad académica a hacer uso de este sistema, con la intención de esclarecer aquella pregunta que hemos planteado en estas páginas: cómo se realiza la actividad filosófica en nuestro país.

Referencias

- Betancourt, R. (2001). *Transformación intercultural de la filosofía*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Botero, J.J. (1997). Defensa del pluralismo. *Ideas y valores*, 104.
- Díaz, J.A. (1997). Una crítica "Romántica" al Romanticismo. *Ideas y valores*, 104.
- Gutiérrez, C.B. (1997). No al método único. *Ideas y valores*, 104.
- Herrera, D. (1998). Sobre la posibilidad de una filosofía latinoamericana vista por un fenomenólogo. *Cuadernos de filosofía latinoamericana*, 72-73.
- Hoyos, J. (1993). Investigación en filosofía. *Universitas Philosophica*, 20.
- Marquínez, G. (1982). El problema de la filosofía en Latinoamérica y su recepción. *Cuadernos de filosofía latinoamericana*, 74-75.
- Meléndez, G. (1997). Acerca del pensador profesional de Schumacher. *Ideas y valores*, 104.
- Parra, L. (1997). Trabajo filosófico y comunidad filosófica. *Ideas y valores*, 104.
- Schumacher, C. (1997). Acerca del pensador profesional. *Ideas y valores*, 104.
- Tovar, L. (2006). Las fundaciones de la filosofía latinoamericana. *Cuadernos de Filosofía*, 27 (95).